

*Revista chilena de historia social popular*

# REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR  
AÑO 04 | NÚMERO 08 | DICIEMBRE 2023 | ISSN 2452-5707

## ENTREVISTAS

### **A 50 años del golpe civil-militar: Voces de historiadoras/es. Entrevista a Mario Garcés Durán**

05 de mayo de 2023  
ECO - Educación y Comunicación, Santiago de Chile

Entrevista realizada por:  
Beatriz Mediana, Silvana Núñez y Isabella Zazzali

Mi nombre es Mario Garcés. Historiador. Doy clases en la USACH y dirijo ECO, Educación y Comunicación.

### **¿Qué significan los 50 años en este contexto social?**

Tiene un significado, subjetivamente, un poco depresivo, diría yo. De incertidumbre, de duda. Después de un tiempo de relativo optimismo, digamos, en más de una entrevista que hicieron sobre el estallido, establecí algunas relaciones entre el estallido y la Unidad Popular, mostrando ciertas analogías de cómo se trataba de coyunturas históricas relevantes en las cuales el pueblo ganaba presencia y de alguna manera influía en el curso de la historia. En cambio, el contexto actual, después del plebiscito del año pasado, se ha vuelto francamente crítico, depresivo, incierto. Se hizo visible un país que no terminamos de imaginar, quizás, o de entender, ¿no? Como esta sensación de que nos cambiaron el país. Entonces, yo venía pensando en la mañana en esto, a propósito de esta entrevista. ¿Cómo explicar esta transformación?

Por un lado, me parece que hay transformaciones que son de tipo estructural, a largo plazo; sabíamos que existían, pero pensábamos que se estaban modificando. Sin embargo, quizás existe un primer engaño al pensar cuánto se ha transformado este país debido a la dictadura; esa sería la pregunta. Aquí hay dos presupuestos: uno, que el país fue fuertemente modificado durante la dictadura; y dos, que aparentemente la democracia había logrado recuperar cierta tradición más participativa y democrática, valga la redundancia. Al parecer, no fue tanto. Entonces, ¿qué explica el cambio? ¿Dónde o cómo se verificó el cambio? Yo tengo la idea de que el cambio es básicamente un cambio de geografía electoral, que nos había hecho pensar o crear la ilusión de que éramos un país que caminaba por sendas más democráticas. Pero la verdad es que era un país en el cual votaba aproximadamente el 50% de la población. Entonces, cuando nos imponen el voto obligatorio al final del proceso constitucional y vota el 80 o 90%, reemerge ese país que siempre existió. En el fondo, uno piensa en el plebiscito del año 88, todavía es 40% - 60%, o sea, hay un núcleo fuerte de derecha en Chile que proviene desde los sectores populares. También, en la última elección, la Unidad Popular alcanzó un 44%, y teníamos al frente cincuenta y tanto. Consecuentemente, este ha sido un país polarizado en los últimos 50 o 60 años, donde la derecha

tiene un poder fuerte que alcanza incluso los sectores populares. Entonces, al producirse el voto obligatorio, se hizo visible ese poder de derecha en el campo popular. Y ahí sí, a mí me complica el punto de vista histórico, porque ese campo popular tal vez es uno de los campos más transformados.

Es decir, desde el punto de vista de las actorías populares, el pueblo de la Unidad Popular, el pueblo de Allende, por decirlo así, es un pueblo que es clase obrera, que es clase campesina, que son pobres de la ciudad, estudiantes movilizadas, etcétera. Ese pueblo, con esos componentes, casi no existe en la actualidad o ha sufrido transformaciones demasiado radicales. No tenemos clase obrera organizada porque el cambio de modelo de desarrollo modificó la estructura económica, productiva y junto con ella desapareció prácticamente este gran componente social que era la clase obrera.

Entonces, la mayor debilidad de hoy es que no tenemos una clase obrera organizada. Tenemos un pueblo capaz de movilizarse, y claro, el estallido es una muestra de ello. Pero, ¿quiénes se movilizan en el contexto del estallido? Los jóvenes, las barras bravas, los trabajadores independientes y los jóvenes de clase media, un conjunto bastante multiforme de la sociedad y de la base de la sociedad popular, al mismo tiempo de clases medias. Yo creo que el papel, por ejemplo, de las clases medias ilustradas en los últimos años en Chile, es muy relevante. Para mí, no es casual la emergencia del Frente Amplio como expresión política. Yo siempre lo defino como clase media ilustrada, y tengo sobrinos en el Frente Amplio; siempre los molesto, les digo: “Bueno, cuando superen la frontera de las clases medias ilustradas y lleguen a las comunas populares, ahí yo les voy a dar más crédito.” No es que no les dé crédito, sí les doy, pero veo que tiene límites, una forma política que queda en ese campo.

Me parece que la coyuntura actual es muy expresiva de estos cambios. Nos cambiaron la geografía electoral, hicieron emerger el país más profundo o más real, con un influjo muy importante de la derecha y de la ideología neoliberal, que cala en la sociedad. Además, hay transformaciones estructurales que facilitan la expansión neoliberal, y a mí me preocupa muchísimo todo ese campo de pobreza y de sectores populares que no participa en la política, por lo tanto, despolitizado. A la vez, politizado en el sentido de que la política no les indica nada, no significa nada respecto de sus vidas. Entonces, si los obligan a participar cuando les imponen el voto obligatorio, participan de acuerdo a los mensajes que están circulando en ese momento. Por lo tanto, a mayor poder de los medios y control de las redes, mayor sintonía con mensajes neoliberales que pueden ser perfectamente funcionales para aquellos que no tienen interés en la política. Dicen: “Mira, el problema fundamental de hoy es la seguridad de que puedas caminar seguro por las calles.” ‘Bueno, por supuesto, sí’, y mucha gente, incluyendo

la clase media, dice, “sí, sí, es un problema real.” Entonces, todos podemos entrar a bailar al ritmo neoliberal, diciendo “sí, sí, estamos en un país tremendamente inseguro”. Por supuesto que es un problema de gran envergadura, muy relevante; una sociedad insegura no puede existir. Pero bajo esta lógica, empezamos a alimentar el fenómeno hasta generar una especie de paranoia delictiva e inseguridad.

Es un segmento importante que está fuera de la política, y este segmento se puede cuantificar en Chile. La población informal alcanza, según el INE, un 27.7% de la población, es decir, 2.3 millones, probablemente más; debe ser un 30%, 35%. La población inmigrante ha crecido casi un millón en los últimos 10 años. Además, tenemos cerca de cien mil familias viviendo en campamentos, estas son de extrema pobreza y están fuera del sistema. Tal vez ahora una política más activa de vivienda podría ayudar, porque conecta a estas personas con el Estado y los obliga a entrar en diálogo. Sin embargo, la política no dice nada, y menos esta política mediática formal. Y la que además ha vuelto, una vez superado el estallido, a la misma forma de política de los años 90, 2000, que la verdad es un aburrimiento y de un centrismo elitismo impresionante. Yo cambio la radio, ya no lo soporto, me cuesta escucharlo, y me cuesta escuchar lo mismo cada día, entonces, es un momento especialmente crítico, creo que hay elementos que pueden contrastar estas tendencias.

Desde mi mirada, apuesto básicamente a los movimientos sociales, o sea, creo que la acción colectiva en el campo de la sociedad es la única que me abre esperanza de transformación y por eso apuesto al feminismo, apuesto los mapuches, al ambientalismo, a los pobladores organizados. Me parece que por ahí hay esperanza, porque hay acción colectiva, porque hay configuración de saberes nuevos, porque hay proposiciones de carácter distinto, porque si no, estamos en el desierto. Otra vez en estas largas travesías por el desierto, que producen muy poco.

### **¿Qué responsabilidad les cabe a las y los historiadores en la conmemoración de los 50 años?**

Yo voy a decir algo que puede parecer una consigna, pero me nace hacerlo. Diría que la primera responsabilidad es decir la verdad. Afirmar la verdad histórica parece ser un desafío muy radical para nosotros. ¿En qué sentido digo esto? En el sentido de que somos un país con una experiencia efectivamente traumática de un ejercicio radical de la violencia, de la violencia del Estado en contra de la sociedad y en contra de los sectores populares y de izquierda. Brutal, brutal; y esa experiencia la hemos aceptado a medias. No terminamos de procesarla com-

pletamente. En Chile, siempre vivimos de eufemismo; eso de verdades a medias o de producir fenómenos comunicacionales del empate, de buenos y malos, son casi iguales, casi son equivalentes. Entonces, derecha e izquierda son igual de malo. Es como la teoría de los dos demonios de los argentinos, una especie de neutralidad difusa, inconducente, mentirosa, ¿no? Yo creo que hay un tema ahí que nosotros no terminamos de nombrar, lo que hemos vivido históricamente, y me parece un deber hacerlo. Porque, en el fondo, decirnos la verdad podría ayudarnos a imaginar futuros distintos, un futuro en el que podemos nombrar las cosas, ¿no?

A mí, en estos días, quien me ha impresionado mucho y he interpretado mucho, ha sido el presidente Petro en Colombia, porque me parece un presidente brillante en algunos campos. Él empieza a ser capaz de nombrar el futuro y decir “mira, el futuro es el cambio climático, es el desastre ecológico”. Por lo tanto, el tema es si podemos balbucear una respuesta respecto al cambio climático y si podemos interpretar, primero, al capitalismo para comprender las condiciones para enfrentarlo y desarrollar una proposición. Tenemos que pensar en proposiciones de cómo hacer ese cambio. Por lo tanto, el futuro deja de ser el futuro de los años 60. Hace poco él decía “yo me puse el uniforme verde oliva, pero hoy día no tiene sentido ponérmelo, porque guerrilleando no resuelvo ninguno de los problemas actuales del mundo ni de Colombia”, entonces, hay un segmento, de la izquierda chilena que piensa que, volviendo a los principios tradicionales resuelve los problemas de futuro y de la sociedad chilena, y yo sinceramente creo que eso no resuelve nada.

O sea, creo que, si no hay capacidad de pensar nuevamente el futuro, no hay salida, no somos alternativa de nada, vamos a reproducir el orden preexistente y vamos a ser marginales, nos van a calificar de anacrónico, de terroristas, de fin, de “dinosaurio”. Y con alguna razón, en algunos casos, no en todos, pero, hay algo de razón de que si la izquierda no es capaz de pensar el futuro no hay izquierda. Una izquierda demasiado límite. Y, por otro lado, una izquierda que es capaz de pensar en el futuro es una izquierda que puede nombrar el pasado, y nombrar el pasado tal cual fue, lo más posible. Me estoy poniendo casi positivista. Me refiero a nombrar con la mayor profundidad posible, con la mayor honestidad posible. Yo sé que nunca el pasado se puede nombrar tal cuál fue, pero podemos acercarnos y poder entrar, aproximarnos a algunas verdades, como decía alguna vez Benedetti, tenemos que ser capaces de cantarnos las verdades y no llorarnos las mentiras acerca de nosotros mismos.

Creo que ahí hay una responsabilidad grande de la historiografía, de nombrar el pasado, y nombrarlo, sobre todo en lo que ha sido la historia de ejercicio colectivo, ciudadano, de la política. Creo que ese es un eje fundamental, porque

si no lo hacemos, la despolitización se funda en el individuo y en el individuo, solo aislado frente al mundo que es, también es otra mentira. Que es el discurso neoliberal, la sociedad no existe, existen los individuos y las familias y sus intereses. Si la vida social se reduce eso, no hay destino, la verdad. O sea, el único destino posible, y que alimenta amplios sectores de la sociedad, es el destino del consumo del mercado, del automóvil, de las vacaciones en el extranjero, ropa de marca y mucha línea blanca en la casa, en fin, bienestar económico básico, fundamental y ya está la vida, no hay más vida que no sea ese modelo. Un modelo que, por supuesto, alimenta fuertemente el capitalismo. Hobsbawm tenía razón cuando decía que basta con que alrededor del 20% de la sociedad consuma el nivel que requiere el capitalismo actual es un motor suficiente. Entonces, justamente frente a ese modelo hegemónico, necesitamos hacer visible nuestra propia experiencia, la cual trasciende ese modelo y tiene componentes de solidaridad, apoyo mutuo, comunidad y socialismo. No son el modelo socialista, sino experiencias concretas que hemos llevado a cabo. Debemos trabajar hacia una vida más colectiva, más comunitaria y más socialista.

### **¿Qué significa en su historia personal estos 50 años?**

Es difícil, hace algunos años había empezado a escribir unas memorias, pero después la dejé ahí algún día tengo que retomarla. Yo en mi historia personal, se me cruzan distintas memorias, por decirlo así ¿no? Muchas veces tengo memoria clara de sobreviviente. He vivido experiencias muy relevantes, cumplí 70 años. Yo salí de la media, a los 18 años, el año 70. Allende estuvo en mi graduación porque estudié en Instituto Nacional y como colegio municipal llegó el presidente electo. Estudié en Concepción durante Unidad Popular, viví la mayor movilización de esa ciudad, fui parte de eso. Decidí quedarme después del golpe contra viento y marea tratando de estirar el chicle lo más posible. Por supuesto que era muy riesgoso, pero yo me puse más de una vez en el límite y sobreviví todo eso, creo que también tome las medidas justas. Fui hiper disciplinado, una militancia de mucha disciplina. Me cuesta hablar públicamente de mi militancia porque, en Chile, las militancias como la que yo tuve después del golpe, estábamos condenados a muerte. Militar en una izquierda revolucionaria era vivir con el certificado de defunción debajo del brazo, y eso lo supe por largos periodos, digamos que estábamos condenados a morir. Por lo tanto, no solo resistíamos a la dictadura, sino que también teníamos que asegurar nuestra propia sobrevivencia. Esa fue una experiencia compleja, dura y difícil. Claro, muchas veces he pensado en eso que dice Hannah Arendt, de que no existe obra humana perfecta, a propósito del poder y los totalitarismos. Por lo tanto, siempre alguien sobrevivi-

ve para contar. Quizás mi obsesión por la historia también tenga que ver con eso; sobreviví para contar lo que viví.

Otro campo personal: me lo dijo hace poco una amiga que estaba en el gobierno, y yo me quejaba un poco de por qué Boric no habría resistido más. Me decía: “Bueno, son las formas de la política de hoy. Es muy difícil hacerlo de otro modo. Hasta Mujica tiene que negociar, nadie puede evitar negociar. Otra cosa es que tú hayas elegido una vida que te permite ser independiente, pensar por ti mismo como quieras”. Me dejó un poco impactado. O sea, yo elegí ser independiente, pues podría haber decidido ingresar al gobierno, pude haber hecho carrera política, incluso durante la UP, siendo muy joven, pero siempre tuve precauciones. Y siempre me interesó una lógica de autonomía e independencia, poder pensar por mí mismo, no estar supeditado a lo que otros dicen, que es posible. A veces casi medio en un sentido psicoanalítico, pienso buena parte de mi historia familiar, siempre fue el hermano mayor que disputó con el padre. Y en ese sentido, me encanta esa vertiente antiautoritaria del anarquismo del siglo XIX, principios del XX, siempre me gustó, tiene un valor particular, otra cosa son las propuestas anarquistas que son más completa, pero esa vertiente libertaria, me siempre me gustó.

Quizás un tercer aspecto que he sentido más en los últimos tiempos, a medida que pasan los años, es que si hay algún legado, entre comillas (no sé si me puede sonar pretenciosa la palabra), tiene que ver con la memoria y la historia. Dejar testimonio de la experiencia, y en nuestro caso, los historiadores, dejar un testimonio profesional. Lo que hicimos profesionalmente representó una contribución, colaboró a que la sociedad se siguiera pensando críticamente. Yo con eso me basta. Cuando mis libros son leídos, son comentados, yo lo disfruto, digo “bueno, aquí está”. Sobre todo, mientras mis lectores son los más alejados de los círculos académicos, por ejemplo, cuando me contaron unas señoras de la población de Violeta Parra se juntaron a leer *Tomando su sitio*<sup>1</sup> en que yo hablaba de Violeta Parra, dije “ya obra cumplida”, si esa parte del pueblo, al fin se sintió reconocida en el texto histórico, ya es misión cumplida. Cuando vi a un tipo de la micro leyendo *Crisis social y motines populares*<sup>2</sup> en Santa Rosa y le pregunté si le gustaba y me dijo que estaba contento, ¡fantástico! Cuando me han ocurrido esas cosas o con cuadernillos que hicimos durante la dictadura, sobre historia del movimiento obrero, me siento satisfecho. Iba caminando por la calle y me para un auto y se baja un tipo, me dice, “profe yo lo conozco a usted, nos hizo

1       Garcés, Mario (2002) *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Santiago de Chile: Editorial LOM.

2       Garcés, Mario (2003) *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago de Chile: Editorial LOM.

clase no sé a dónde, nosotros nos seguimos juntando y leímos su cuaderno y tenemos un grupo en el sindicato y discutimos y hacemos...” ¡Ya está! o sea, como con esa responsabilidad historiografía, digamos que el pueblo pueda sentirse de algún modo, rescatado en tu trabajo apoyado, reforzado.

Más que la Academia, más que el currículum, que a mi este tema me incomoda, esa cosa de que “te está leyendo tanto”, que no sé qué porcentaje de cuántas veces fue citado, o sea, la carrera académica neoliberal en la cual estamos inmersos también me complica. O sea, cumplo básicamente porque tengo un contrato con la Universidad, pero a mí, mi tema es que lo que escribo, lo que investigo, tenga utilidad para la sociedad. Es ese mi destino, claro y siempre también estoy medio contracorriente.

Fíjate que me acordé, que yo estuve en el año 71, en la clase inaugural que hizo Allende en Concepción, en la Casa del Deporte. Y él nos criticó a los jóvenes: “por aquí hay jóvenes que porque andan con un libro bajo el brazo, creen que pueden dar clase de revolución” y todos andábamos con un libro en esa época, yo estaba leyendo el *Estado y la Revolución*, que era un libro básico, junto con el *Qué hacer* Entonces dice: “yo les digo jóvenes, que el problema no es ser jóvenes y no ser revolucionarios, sino que ser revolucionario y permanecer en el tiempo ese es el mayor desafío y yo llevo 40 años en la política y he persistido en mis ideales, propósitos, valores” Y ahí también insinuó esa frase que, de México, que ser joven y no ser revolucionario, es casi una contradicción biológica, pero fueron dos las afirmaciones, esa, por un lado, pero está por otro lado, esto de que el problema es cómo permanecer en posturas críticas revolucionarios a lo largo de la vida. Porque si no, el pasado juvenil como sinónimo de algún pasado revolucionario, suena bien, anda bien, forma parte de la tradición, pero no es suficiente.